

Jordi Amat

LARGO PROCESO, AMARGO SUEÑO

Cultura y política en la Cataluña contemporánea



JORDI AMAT
LARGO PROCESO, AMARGO SUEÑO
Cultura y política
en la Cataluña contemporánea

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: abril de 2018

© Jordi Amat Fusté, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-521-3
Depósito legal: B. 4.782-2018
Fotocomposición: David Pablo
Impresión: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Prólogo: El templo profanado	11
Historia de un libro	19
Primera parte. Ocupación ambigua (1939-1947)	
Fahrenheit 1939	59
Los restos del naufragio	70
Resistencia	83
El mundo de ayer	103
Encrucijada 1947	121
Segunda parte. Modernidad cauta (1952-1960)	
Nueva Renaixença	153
Refundación	175
Historia de otro libro	209
Tercera parte. Catalanismo progresista (1962-1980)	
Código 1962	237
Viento	261
La alternativa pujolista	277
Guerra fría	294
Cortocircuito	318
Contraataque	340
Matar a Cobi	377
Epílogo: Historia de este libro	411

Apéndices	
Notas y nota del autor	421
Índice onomástico.....	433

La cola llegaba hasta la Plaça de la República, rebautizada como plaza de San Jaime. Centenares de personas esperaban de pie para acceder al Palau de la Generalitat, es decir, a la Diputación provincial. Así lo relatan las crónicas de periódicos que también habían cambiado de nombre. Hacía tres años, desde 1936, que la festividad de Sant Jordi no se celebraba oficialmente. Pero el domingo 23 de abril de 1939, gracias al conde de Montseny —presidente de la comisión gestora de la Diputación—, la fiesta quedó incorporada al calendario del primer Año Triunfal. «El conde de Montseny ha dado ya las oportunas instrucciones para que no se altere costumbre tan barcelonesa», se pudo leer en la prensa días antes de la celebración.

En la nota oficial se decía que el domingo 23 se organizaría una feria de rosas en el Palacio de la Diputación. Así lo dispuso el conde, que también hizo borrar de las paredes de algunas dependencias «la incuria a que se las sometió durante la dominación roja». Los visitantes, tras comprar la tradicional rosa en la planta baja del Palau y haber contemplado en el primer piso el mural pintado por Joaquim Mir que «los rojo-separatistas hicieron desaparecer», recibieron dos postales de regalo. Las instantáneas retrataban la capilla de Sant Jordi. Pero mientras una mostraba «aquel recinto tan querido por los católicos barceloneses» antes de «la revolución marxista», la otra fotografiaba su estado calamitoso tras «haber sido convertida por los “rojos” en cuarto de duchas». Por ello la misa institucional no pudo celebrarse en la capilla. Tuvo que ser una misa de campaña y se ofició en la avenida Diagonal, es decir, la avenida del Generalísimo.

Barcelona, Sant Jordi de 1939. No había transcurrido un mes desde el final de la guerra civil. El trauma bélico seguía supurando y, en plena histeria franquista, se vivía un particular *Fahrenheit 451*. Aunque los libros catalanes no habían sido quemados, sí habían desaparecido. Completamente. Fue con la celebración del primer Día del Libro de posguerra, tal vez, cuando los barceloneses empezaron a cobrar conciencia, de manera acelerada, de que un programa de sustitución cultural se había puesto en marcha. Un programa metódico, integral, sistemático. Los que se habían quedado pudieron constatarlo en la calle, hojeando libros, a través de la prensa o escuchando la radio. Lo sintieron porque el clima emocional era desbocado. Por todas partes, públicamente, se vivía un momento de comprensible, plebiscitaria exaltación católica, falangista y nacionalista. Como una vengativa madrastra de maneras totalitarias, el nacionalcatolicismo franquista en el poder ya señoreaba la mísera España. Una de las formas de dominación que se estaba implementando sobre los vencidos era la desarticulación de todo el entramado que el movimiento catalanista había levantado durante medio siglo para situar la catalanidad en el eje civil de la vida de los ciudadanos de Cataluña. Este entramado estaba siendo liquidado para desterrar una cultura política y extirpar una identidad nacional. Empezaba otro mundo.

El Ministerio de Educación Nacional decretó que la celebración de la Fiesta del Libro se alargase durante una semana (entre el domingo 23 de abril y el sábado 29). Era otra reconquista franquista. «La Fiesta de San Jorge se celebró con la brillantez que era tradicional en nuestra Diputación, fiesta que como tantas otras, como todas las que tenían arraigo en el alma barcelonesa, había sido borrada del calendario marxista.» Porque lo cierto es que en abril de 1937 el Consell de Govern de la Generalitat, presidido por un tal Josep Tarradellas, había sustituido el Día del Libro por una Feria y no se celebraría la recepción en el Palau. Durante 1937 y 1938 la Feria se organizó en el mes de junio. El primer año, Antoni Maria Sbert —presidente de la Comisión Ejecutiva de la Feria—, aludiendo a unas palabras de Voltaire, había proclamado que cada momen-

to tenía sus escritores. Los del presente bélico, en la antesala de los Hechos de Mayo, eran Marx y Bakunin. En 1939, en cambio, los libros ya nada tenían que ver con aquel momento. El vacío dejado por la cultura que había sido hegemónica en la ciudad, enterrada en un hoyo negro, fue sustituido por hombres a duras penas conocidos.

La pisada bélica no sólo se evidenció en las paredes del palacio de la Diputación. Buena parte de los actos del día 23 se celebraron en hospitales: conferencias (de Ferran Valls i Taberner, de Maximiano García Venero), recitales de poesía, conciertos o proyecciones de filmes (como *Conquistadores del Norte* o *La liberación de Gerona*). Los soldados heridos eran héroes de una victoria explicada en términos de redención patriótica. Por eso se decidió dedicar el día a recaudar fondos para La Lectura del Soldado, una institución cuyo propósito era que «el soldado, en sus ocios, pueda dedicarse a su formación» mientras estaba en el hospital curándose de las «gloriosas heridas recibidas en el cumplimiento del deber». La presidía Carmen Polo —esposa del dictador— y desde hacía meses funcionaba en la España «nacional». La colecta se haría en los espectáculos públicos y en la calle; las «señoritas» de Falange Española y Tradicionalista de las JONS se instalaron en el chaflán del paseo de Gracia con la calle Consell de Cent (que es la mía, por cierto). El mismo día 23 Diego Victoria animaba a los lectores de *La Vanguardia* a que colaborasen y explicaba la filosofía patriótica de la institución: «Si nuestra juventud ha hecho prodigios para cimentar la Nueva España con sólo sospechar lo que fue en otros tiempos, ¿qué no hará el día en que tenga plena conciencia de su pasada grandeza?». Los jóvenes que habían combatido, «nuestros héroes», debían hacer suyo el legado de la España imperial. Leer para convertirse, tomar conciencia de cuál era el destino histórico de la patria y proseguir la empresa de «renovación espiritual de [la] España» del Alzamiento. Durante la primera posguerra los Siglos de Oro se relejeron y explicaron en esta clave religiosa y purgativa. Como el fascismo italiano con el legado de la Roma clásica, el pasado imperial español se rebeló como el paradigma para cons-

truir un presente cuyos fundamentos eran intencionadamente anacrónicos.

Aparte de en hospitales y la recepción en la Diputación, se organizaron actos sobre el libro en los principales centros docentes. La universidad, que empezaría el curso académico en octubre, el domingo 23 celebró su primera fiesta tras la guerra: «Hacia años que no había ocasión de mostrar públicamente su españolismo y el amor a las antiguas tradiciones patrias». Así se dijo en la conferencia titulada «El libro español y una doctrina estética de Platón», que leyó Pere Font Puig, catedrático de la facultad de Filosofía y Letras. Estaban presentes el rector —Emilio Jimeno Gil, catedrático de Química—, decanos y buena parte del profesorado, «afanosos de escuchar de nuevo la voz de la verdadera Universidad». Verdadera, claro, por oposición a la liberal Autónoma republicana, obsesivamente repudiada por el nuevo régimen. Citando desde Séneca hasta Verdaguer, pasando por Lull o los clásicos del Renacimiento, la tesis de Font Puig era que el alma española se caracterizaba por una nostalgia de la eternidad que se expresaba con tristeza. Esta constante, con más de dos milenios de historia, tenía que florecer de nuevo. Conseguirlo era la misión de «los intelectuales de la España imperial». A partir de entonces, pues, los intelectuales sólo lo podrían ser de manera espuria: como servidores de la causa. Sobre esta falta de libertad se construiría la arquitectura cultural del franquismo. O a favor del nuevo estado o inexistencia.

Sant Jordi se celebró también en el Escuela de Artes y Oficios y en el Escuela Superior de Arquitectura. Los institutos de secundaria festejaron lo suyo. En el Maragall, Samuel Gili Gaya disertó sobre «Historia del libro. Desarrollo de la Bibliografía Española en el Siglo de Oro», y se dieron los premios de un certamen escolar que tenía como tema a Cervantes. En el Balmes, tras la lectura de poesías y cánticos patrióticos, el profesor Guillermo Díaz-Plaja, que podría seguir ejerciendo la docencia (aunque se le había incoado un expediente de depuración), leyó la conferencia «Nuevo discurso de las armas y las letras», tema de plena actualidad.

El jueves 27 fue el día escogido para celebrar la Feria del Libro. Las librerías salieron a la calle. La delegación de la Jefatura Nacional de Propaganda, presidida por Juan Ramón Masoliver —un joven de los tiempos de la vanguardia, pariente de Buñuel y factótum de la notable revista *Hèlix*—, inauguró su sala de exposiciones en el número 99 del paseo de Gracia con una muestra de libros sobre la doctrina y los ideólogos del nuevo régimen. Presidían la sala un tapiz con el escudo del imperio y fotografías de Franco y José Antonio. En el *vernissage*, que tuvo como maestro de ceremonias a García Venero —historiador del catalanismo en clave franquista, que indignó a los hombres de la Lliga que trataban de sobrevivir en aquella Barcelona fascista—, intervinieron Regino Sáinz de la Maza, el poeta Sebastià Sánchez Juan —ya convertido en censor— y Luys Santa Marina. A la mayoría de ellos los ha engullido el olvido, y bien está, pero en la total reconversión de valores que se vivía por entonces, representaban el nuevo *star system* de la cultura local. Eran la nueva hegemonía intelectual.

Nadie brillaba tanto como el falangista Santa Marina, convertido por unos días, gracias a algunos episodios de su biografía, en el escritor con mayor prestigio mediático de la ciudad. Profeta de la «Nueva España». Fundador de la Falange barcelonesa (él propuso la camisa azul como uniforme), durante la guerra Santa Marina —un literato arcaizante, de origen cántabro— había sido uno de los dirigentes de la subversiva quinta columna y en tres ocasiones estuvo condenado a muerte (una selecta nómina de escritores catalanes le avalaron para que la pena le fuera conmutada). La última etapa de su periplo por las prisiones republicanas fue Valencia. Como explica el sabio Juan Marqués, editor de su poesía, el 26 de marzo de 1939 Santa Marina se amotinó con decenas de prisioneros que huyeron de la prisión para colaborar en la ocupación de la ciudad con las tropas franquistas. Relató el episodio en la sala de exposiciones: «Explicó concisa y llanamente cómo fue liberada Valencia por los falangistas, que tenían minada la organización roja, incluso desde las cárceles». Tras Santa Marina, designado ya director de *Solidaridad Nacional* —sería el diario de Falange en Barcelona, apoderándo-

se de la anarquista y finiquitada *Solidaridad Obrera*—, el guitarrista Sáinz de la Maza interpretó canciones y Sánchez Juan leyó parte de un libro de temática religiosa y bélica redactado «bajo el terror rojo». A las ocho de la tarde finalizó un acto que muchos transeúntes siguieron a través de los cristales del local y que retransmitió Radio Nacional de España.

El principal atractivo de la Fiesta eran las firmas de los autores (Prensa y Propaganda puso un estand delante de su sala de exposiciones) y las novedades editoriales, vendidas con un descuento del diez por ciento. La consigna conminatoria que se podía leer en la prensa era clara: comprar libros españoles: «Feria del Libro Español. Nombres sagrados para nosotros, que estos días ven su consagración definitiva en nuestros corazones. La fuerza de España estriba en ellos. Se acabaron los tiempos del fácil embeleso ante todo lo extranjero. Comprad libros españoles». «Que los buenos libros ahoguen el mal hecho por los malos.» «Libros nacionales. Esencia hispana escrita. En esta Feria el novelón ha sufrido un quebranto grave. ¡Ya era hora!» Todos los libros promocionados, más o menos, legitimaban o hacían referencia al Movimiento Nacional. No había cultura que no estuviera sometida a la construcción del nuevo Estado. Pero los libros nuevos no fueron tantos.

Los principales reclamos, según la librería Catalònia (renombrada como Casa del Libro), eran *Flor nueva de romances viejos*, la vieja selección de Ramón Menéndez Pidal; la antología *Palabras del Caudillo*; la biografía *Oliveira Salazar*, de L. De Poncins; *España y Francia. Meditaciones de actualidad*, de J. Vázquez Sans, o *17 de julio. La epopeya de África. Crónica de un testigo*, de Enrique Arqueara. Uno de los pocos títulos nuevos, publicado en Barcelona, lo imprimió la Librería Litúrgica Rafael Casulleras. Se titulaba *Mi campaña en Inglaterra* y su autor era el religioso Enrique Gabana. En el libro, en primera persona, Gabana explicaba el apostolado político que, durante la guerra y «sin control oficial», había predicado en favor del bando insurrecto en Inglaterra. Un santo.

Quien se acercase al número 3 de la calle Vergara podría preguntar al distribuidor por los primeros libros que una nueva editorial —Destino— había publicado. Como es bien sabido, durante la guerra (a partir del 6 de marzo de 1937), en Burgos, un grupo de integrantes de la delegación territorial de Falange de Cataluña (primero Josep Maria Fontana Tarrats y Xavier de Salas, pronto Ignasi Agustí ya como director) crearon en 1937 la revista *Destino*. El último número de la primera etapa fue el primero publicado en Barcelona, coincidiendo con la ocupación de la ciudad por parte de las tropas insurrectas. Pero antes de que la revista empezara su segunda etapa (por iniciativa de Josep Vergés e Ignasi Agustí), se creó una editorial con el mismo nombre que era melliza del semanario. Sus dos primeros títulos fueron *José Antonio en Cataluña* y *Tribunales rojos vistos por un abogado defensor. Un reportaje de héroes y mártires*. Este libro, escrito por Gabriel Avilés, mostraba al lector «escenas palpitantes de la administración de la llamada justicia roja» y su tesis era que «el asesinato legalizado» había sido la ley durante la guerra. El otro libro publicado por Destino era una recopilación de las palabras del caudillo falangista sobre Cataluña. Pero Destino no era la única editorial que se estrenaba.

En la plaza de Trafalgar se había puesto en marcha Yunque. Sus dos primeros libros fueron reediciones de obras de Luys Santa Marina, *Tras las águilas de César. Elegía del tercio 1921-1922* (1924) y la biografía *Cisneros* (1933). Fue Masoliver quien ideó una recuperación que le produjo algún molesto quebradero de cabeza. *Tras las águilas*, explicaría Dionisio Ridruejo —jefe del poderoso Servicio Nacional de Prensa y Propaganda—, «lo recogió la censura porque se temía que un retrato tan despiadado de las violencias de la Legión ofendiese a los moros, a la sazón amigos». La suerte del *Cisneros*, en cambio, fue distinta. Todo parece indicar que aquel Sant Jordi la biografía del cardenal fue un éxito: Santa Marina se hartó de firmar ejemplares en el stand de la Jefatura Provincial de Propaganda. Los anuncios que Yunque insertó en la prensa usaban la peripecia del autor como gancho propagandístico: «Por este libro, los tribunales rojo-separatistas de Barcelona condenaron a muerte a Santa Marina,

capitán de las Escuadras Nacional-Sindicalistas de Cataluña». El aparato paratextual del libro también estaba concebido para leer la biografía como un manifiesto de los nuevos tiempos. El colofón, por ejemplo: «Este libro fue impreso en Barcelona, mes de abril de 1939, año de la victoria de España y del nacionalsindicalismo». La dedicatoria es igualmente explícita. Junto con una reproducción del yugo y las flechas en el ángulo superior izquierdo de la página, en el centro y en negrita se puede leer «Camarada Julio Ruiz Alda ¡Presente!» (el aviador Ruiz Alda había sido fundador de Falange Española y había sido asesinado durante la guerra). Seguía una breve nota explicativa: «Julio leyó y mandó buscarme en Barcelona, pues decía, y no se equivocó, que el autor de tal libro tenía que ser forzosamente de Falange. Cuando me encontraron (principios de diciembre) ya estaba alistado en sus milicias». El objetivo era vincular el libro al falangismo, propósito que reforzaba también el diseño de la cubierta. En el escudo de armas de Cisneros se le sobrepuso el águila imperial coronada por el yugo y las flechas, emblema de los Reyes Católicos y de Falange.

El acontecimiento cultural más relevante de aquellos días fue el ciclo de siete conferencias que al mediodía emitía Radio Nacional. De alguna manera, aquel ciclo suponía la presentación oficial de la nueva *intelligentsia* de la ciudad. Cada día intervenía un intelectual. El domingo 23 habló Masoliver, al día siguiente Jimeno —rector de la universidad—, seguirían Santa Marina, Ignasi Despujol —presidente de la Junta del Ateneo—, el escritor Eduardo Marquina, José Bonet del Río —teniente de alcalde y delegado de cultura de la Jefatura Provincial de Falange— y lo cerró el veterano crítico Manuel de Montoliu. La lectura de sus palabras, en buena parte transcritas en la prensa, permite escuchar la delirante retórica de la victoria, fanática y convencida del inicio de una nueva etapa de la historia de España emparentada con los días de gloria imperial. Aquel planteamiento anacrónico era uno de los principios teóricos del modelo cultural del fascismo español, juzgado como una realidad eterna que resplandecía

de nuevo. Los conferenciantes, más que portavoces, actuaron como abanderados combatientes.

Durante aquellas conferencias, uno de los temas reiterados fue la reflexión sobre el discurso cervantino de las armas y las letras. Bonet del Río, tras leer un fragmento del discurso qui-jotesco, haciendo un alegato de política cultural militante para forjar nuevas conciencias, planteaba que las letras debían convertirse en armas ideológicas, «útiles moldeadores del pueblo de la Nueva España». Con estas armas —los libros—, «los buenos patriotas emprendemos una nueva y victoriosa ofensiva». Se trataba de ir «infiltrando en los espíritus las normas regimentales de la Nueva España imperial nacionalsindicalista». Infiltrar, es decir, perforar conciencias de la ciudadanía con la metralla del fascismo imperial. Masoliver, analizando poetas renacentistas como el Marqués de Santillana, Jorge Manrique o Garcilaso de la Vega, afirmó que «la combatividad y el llamar reciamente las cosas por su nombre constituye una de las características de nuestra literatura». El crítico hermanó «las dos grandes figuras del imperialismo español», Cervantes y san Ignacio. Gracias a las heridas sufridas por esos dos guerreros, decía Masoliver, había florecido la vigencia del discurso de las armas y las letras: «Época de lucha, época de santa intolerancia, época de Santa Cruzada vuelve a ser la nuestra, como lo era en la época de Cervantes». Montoliu, como Masoliver, también se refirió a san Ignacio, haciendo suya la idea de que la vida tenía que ser milicia y que las únicas vocaciones dignas eran la religiosa y la militar. Para él, la guerra había representado el fin de un ciclo nefasto, de progresivo divorcio entre letras y armas.

La condena del pasado fue también una constante de los discursos. Quizás el más explícito fue Santa Marina. Para el escritor falangista, las generaciones anteriores a la suya habían acentuado un proceso que se estaba consolidando desde hacía décadas: «el proceso de extirpar las virtudes heroicas en la cultura occidental». Santa Marina argumentaba que para combatir la tendencia antipatriótica «de esos días tan cercanos y —por suerte— tan remotos» había surgido Falange, movimiento impulsado por intelectuales que habían luchado para evitar «el

suicidio de un pueblo, de un pueblo grande de solera imperial». Los falangistas habían ligado armas y letras a su vida para cumplir una misión de patriotismo que exigía una actitud heroica. Su comportamiento había sido como el de un Garcilaso, paradigma del soldado escritor que había combatido por el Imperio con la espada y con la pluma para forjar el lenguaje poético castellano. «Nuestros intelectuales, hombres de pluma y espada, escalaban torres y abordaban galeras, relegaban en segundo término la vida y la obra cuando se erguía ante ellos la sobria enseña del deber.» Gracias a esos pioneros y gracias a los muertos en combate, había surgido «esta España de ahora en la que va cuajando nuestro sueño» (una España que, como falangista radical, Santa Marina aspiraba a convertir «en una organización social justa que permita a todos los españoles vivir una vida digna»).

En sustitución de Ignasi Despujols, intervino el escritor y periodista Ignasi Agustí como miembro de la nueva directiva del Ateneo. Agustí. Caso paradigmático. Lo reencontraremos a lo largo de la primera parte de este libro. A pesar de su juventud, ya tenía un pasado. Con sólo veinte años, Agustí se había incorporado con vigor a la vida literaria catalana de la Segunda República, primero como poeta y poco después como dramaturgo y periodista cultural. Era un hombre identificado con *La Veu de Catalunya* o *L'Instant*, conservadoras e inequívocamente catalanistas. El 9 de agosto de 1936 se marchó de Barcelona y a principios de 1937, desde Portugal, entró en la España que se autoproclamaba «nacional». Se había hecho franquista. No es una condena ni un juicio. Es una constatación. En Salamanca reharía el contacto con un grupo de antiguos amigos de escuela y de la universidad que formaban parte del grupo más activo de los falangistas catalanes. Eran Carles Trías Bertran, José Ribas Seva, Fontana y De Salas, entre otros, alma del primer *Destino*. En Salamanca, Agustí se hace falangista.

Fue este Agustí que había mudado la piel, converso a la fe de José Antonio, quien el 26 de abril habló a través de los micrófonos de Radio Nacional. Como Santa Marina (pronto nombrado presidente del Ateneo), la base doctrinal de su dis-

curso era el falangismo. Como Santa Marina también, impugnaba el pasado y describía el presente como una oportunidad para el renacimiento de la esencia española. Pero si la impugnación del pasado que hacía Santa Marina se planteaba como un ataque a la modernidad (y por ello él usaba esa prosa que parecía escrita en el siglo xv), la de Agustí era más circunscrita. El blanco de la flecha que disparaba era claro, aunque no lo explicitara: se refería al proyecto del catalanismo reciente, la propuesta cultural y política noucentista: «Hemos vivido diez, veinte, treinta años de una incomprensible parálisis emocional». Desde Maragall, decía Agustí, la ambición de los poetas catalanes había sido «un concierto de pájaros de jardín» cuya vacuidad él había descubierto durante el periodo vivido en «las llanuras de Castilla». El presente era una invitación para abandonar para siempre la «falsa ruta» (el artículo de Valls i Taberner con este título se había publicado el 15 de febrero en *La Vanguardia*) e incorporarse a «una ruta de suficiente anchura para que todos nos sintamos aludidos en esta llamada de la historia». Por eso, ojo, hacía un llamamiento a los escritores catalanes. A los que se habían quedado sin sistema para proseguir con su vocación. A ellos les interpelaba. A ellos les invitaba a sumarse al proceso de sustitución. «Huyamos del suicidio colectivo. Cataluña se acercaba inexorablemente a su precipicio a cambio de unas flores silvestres.» Su llamamiento es una metáfora exacta del sentido global que tuvo aquel primer Sant Jordi de la posguerra. Estaba en marcha la construcción de una nueva cultura. La victoria en una guerra a vida o muerte se entendía como la salvación del país. «Estamos al servicio de algo perdurable.»